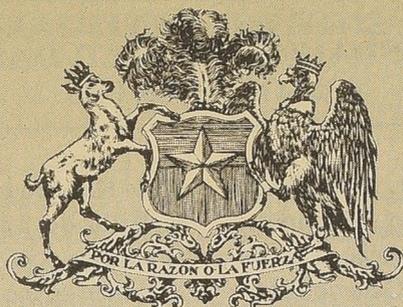


REPUBLICA DE CHILE



CAMARA DE DIPUTADOS

Intervención del Honorable Diputado
SEÑOR OCTAVIO JARA WOLFF



Distrito N° 47

TEMA:

HOMENAJE EN EL 254° ANIVERSARIO
DE LA FUNDACION DE LA CIUDAD DE LOS ANGELES
Sesión 6ª, celebrada el 9 de junio de 1993
Legislatura 326ª

VERSION OFICIAL

HOMENAJE EN EL 254° ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE LA CIUDAD DE LOS ANGELES

La señora CARABALL (Presidenta accidental).— En el tiempo del Comité del Partido por la Democracia, tiene la palabra el Diputado señor Octavio Jara.

El señor JARA (don Octavio).— Señora Presidenta, hago presente que utilizaré tiempo del Comité del Partido Socialista, con su respectiva anuencia.

Hace ya poco más de un cuarto de milenio, un grupo de militares, religiosos, funcionarios públicos y colonos atravesaron la llanura de la Isla de La Laja, vasto territorio poblado por indígenas, abrazado al norte por el río Laja y al sur por el Biobío. Justo al centro de la superficie triangular, y rodeada por un círculo de fortificaciones construidas con anterioridad, surgió la nueva Villa de Los Angeles.

Doscientos cincuenta y cuatro años atrás, un 26 de mayo de 1739, el sargento mayor Pedro de Córdova y Figueroa, enviado desde Concepción por el Gobernador del reino de Chile, don José Manso de Velasco, trazó las calles y distribuyó los solares del nuevo poblado.

Los Angeles, desde su fundación, fue tierra de frontera, mixturas y contrastes, que durante la Colonia observó cómo se cruzaba la cultura hispánica y la aborigen en silencio y sin mayores traumas. A través del tiempo se mantuvo estrechamente ligada a nuestra historia patria.

En la Hacienda Las Canteras, próxima a la Villa de Los Angeles, Bernardo O'Higgins vivió su juventud, y desde esta ciudad se incorporó a la vida pública. Fue uno de sus primeros alcaldes, y más tarde, Diputado por la zona al primer Congreso Nacional.

Los Angeles ha sido una ciudad acogedora, que ya desde la mitad del siglo pasado recibió una importante inmigración extranjera, sobre todo alemana, aparte de la española, a la que luego se sumarían otras culturas, como la francesa, italiana y árabe, todas las cuales han realizado un valioso aporte a su desarrollo.

A principios de siglo, la construcción del canal Laja, que riega más de 70 mil hectáreas, en conjunto con otras obras de regadío realizadas posteriormente, vitalizó la zona y transformó a Los Angeles y sus alrededores en un centro agrícola y ganadero de relevancia en el país. Luego seguiría la instalación de industrias agropecuarias, de la Industria Azucarera Nacional, Iansa, las hidroeléctricas de Antuco y las industrias de celulosa de Laja y Nacimiento, que dinamizaron la actividad económica local. Fue un proceso lento y pausado, que no alteró una clara identidad agraria y rural.

Sin embargo, durante el último tiempo Los Angeles ha tenido un vertiginoso

so y descontrolado proceso de crecimiento urbano, impulsado por un acelerado desarrollo agroindustrial, que se expresa en la instalación de numerosas plantas y empresas forestales y grandes complejos madereros, producto del impulso estatal a la forestación.

El Censo de 1992 corroboró lo que se percibía con especial intensidad durante el último lustro: la ciudad de Los Angeles tiene 142.136 habitantes y una tasa de crecimiento vegetativo del 2.09 por ciento anual, cifra muy superior al promedio del país y la región.

El parque automotor, incluido el de carga, se duplicó en sólo cinco años y pasó de 6.600 vehículos en 1987, a 11.905 en 1991. El año 1987 se otorgaron autorizaciones por 28.680 metros cuadrados de construcción, en tanto que en 1990 los permisos para construir ascendieron a 146.725 metros cuadrados. Es decir, en cuatro años se quintuplicó la cantidad de metros cuadrados construidos.

Sin embargo, este explosivo ritmo de crecimiento no se ha dado en el contexto de una adecuada planificación; ha desbordado toda capacidad de gestión y, por ende, no se ha traducido en desarrollo en tanto mejoramiento de la calidad de vida de los habitantes de Los Angeles. Muy por el contrario, dicho crecimiento ha dejado en evidencia graves deficiencias en áreas claves para su desarrollo, tales como la infraestructura sanitaria y vial, vivienda, salud y educación, altos índices de contaminación, problemas en el uso y manejo de suelos,

carencia de servicios y equipamiento comunitario. Es decir, tenemos una ciudad con agudos problemas estructurales que resultan, sin duda, graves limitantes para su desarrollo.

En efecto, gran parte de la ciudad tiene sus redes de alcantarillado saturadas por su estrechez y antigüedad, lo que constituye un obstáculo para seguir construyendo por falta de capacidad receptora y, a pesar de los grandes esfuerzos realizados durante estos dos últimos años, existe un déficit de más 10.000 viviendas.

La ciudad en su centro tiene solamente cinco calles angostas y una avenida. No existen conexiones mayores entre el Norte y el Sur, y por ello el tránsito pesado atraviesa día y noche las calles céntricas cada vez más congestionadas y deterioradas, a pesar de las medidas de restricción recientemente adoptadas. Las vías de acceso a Los Angeles no son adecuadas y la ruta Longitudinal Sur, que la conecta con la Región y el país, está completamente saturada.

La educación en la comuna tiene una cobertura del 81 por ciento en la enseñanza básica y de sólo un 69 por ciento en la secundaria o media. El analfabetismo es del 14.4 por ciento, cifra superior en 1.3 por ciento a la que presenta la región.

En salud, las tasas de mortalidad general, mortalidad infantil y neonatal, además de los índices de desnutrición infantil, muestran porcentajes mayores al nivel regional y nacional.

El aumento de la población, la cons-

trucción de viviendas y la instalación de nuevas empresas agropecuarias, horto-frutícolas y forestales han contaminado las aguas de Los Angeles, las que fueron declaradas como las más insalubres de la Región.

De otro lado, la transformación acelerada de terrenos agrícolas y forestales también causa impacto ambiental; pero además provoca la migración de familias campesinas a la ciudad. Aquí se da una doble tensión: por una parte la ciudad no está habitada para absorber a la nueva población, y por otra, la población rural migrante no está capacitada laboralmente para desempeñarse en actividades urbanas rentables, iniciándose de esta manera un proceso progresivo de deterioro económico-social.

En el plano de la participación y el desarrollo cultural hay también graves insuficiencias. En Los Angeles funcionan 96 juntas de vecinos, de las cuales sólo 20 tienen sede comunitaria; no existe un espacio físico para la juventud y las organizaciones deportivas. Asimismo, las actividades teatrales, la música, la literatura y otras manifestaciones artísticas no tienen una expresión orgánica o institucional que las agrupe y se realizan con grandes dificultades, por cuanto faltan locales o sedes apropiados.

Se carece de una infraestructura deportiva y recreacional: no existen gimnasios, centro de eventos, piscina y un adecuado estadio y canchas de fútbol.

En el sector rural, donde vive todavía el 35,5 por ciento de la población total de la comuna, es urgente hacer un es-

fuerzo para dotar o ampliar la cobertura de los servicios básicos, es decir, agua potable, electricidad, mejores caminos y comunicaciones, y sanear los títulos de dominio para que efectivamente pueda operar el sistema de subsidios habitacionales rurales.

En Los Angeles se da la paradoja de que pese a ser un importante centro de actividad agropecuaria, silvícola, industrial, comercial y financiera, casi un 50 por ciento de su población vive en condiciones de indigencia y pobreza. Durante los últimos años, se han realizado serios esfuerzos para abordar la compleja situación reseñada.

Desde 1991 existe un nuevo plano regulador que contempla una reordenación más acorde a los fenómenos o circunstancias descritas, que considera ampliaciones y apertura de calles y avenidas, y un mejor ordenamiento de la ciudad, pero que implica también cuantiosos recursos para su adecuada implementación. Se calcula que la sola expropiación de terrenos para efectuar este necesario reordenamiento urbano, implica montos superiores a los tres mil millones de pesos. Pero es tan vertiginoso el crecimiento de Los Angeles que, a poco más de dos años de vigencia de este plano regulador, ya se hace necesario readecuarlo.

Asimismo, está en vía de concretarse un estudio de la Secretaría de Planificación e Inversiones de Transporte de las rutas de acceso a Los Angeles.

En vivienda, en los últimos años se han hecho esfuerzos extraordinarios. En

1992 se construyeron 1.200 viviendas, lo que es un récord histórico y se espera una cantidad similar o superior este año.

Ya se iniciaron los estudios para la construcción de una planta de aguas servidas, y el nuevo gobierno democrático comunal aprobó en febrero pasado una ordenanza municipal de protección del medio ambiente, adelantándose a la iniciativa actualmente en estudio en esta Corporación.

En las áreas de la educación y salud se han hecho también inversiones importantes en infraestructura y equipamiento. No obstante, en la gestión y administración municipal de estos servicios existe un serio y permanente déficit que impide al municipio realizar una mayor inversión social.

De otro lado, con el concurso del Municipio y del sector privado se avanza en iniciativas para mejorar el centro de abastecimientos de alimentos, y además, se estudia un ordenamiento o barrio industrial.

No obstante, todos los esfuerzos parecen insuficientes. El crecimiento explosivo y anárquico de Los Angeles agudiza las carencias de infraestructura y servicios básicos, y puede llegar a convertirse en un serio obstáculo al desarrollo futuro de la ciudad.

Pero creo que la problemática de Los Angeles es aún mayor. No se trata sólo de la carencia de infraestructura básica o de recursos. A mi juicio, existe también un problema de identidad que es preciso abordar para impulsar el desarrollo de Los Angeles.

Treinta o cuarenta años atrás Los

Angeles era exclusivamente o casi exclusivamente agrícola y, por ello, las principales características de la vida económica, social y cultural de la zona estaban determinadas por esa realidad: una fuerte estratificación y jerarquización social.

A partir de los años 50 se inicia un lento pero progresivo cambio, y desde mediados de la década del 60, y muy especialmente durante los últimos 10 años se acelera, como ya se ha dicho, un notable cambio y transformación de las actividades económicas. Se produce una modernización y tecnificación de la agricultura, una fuerte expansión de la actividad forestal y, además, un importante incremento en las actividades ligadas a los servicios.

La modernización de las actividades económicas conlleva también formas de relación social distintas, más dinámicas, caracterizadas por una mayor movilidad social.

Surge o emerge una identidad de ciudad distinta, no siempre bien percibida por la comunidad angelina. Tengo la sensación de que seguimos pensando como una comunidad agraria y rural, en circunstancias de que estamos viviendo un irreversible proceso de cambio a una cultura urbana e industrial.

Para asumir el problema del desarrollo de Los Angeles, que es mucho más que el crecimiento económico, debiera expresarse el predominio de las actividades económicas más modernas en todos los ámbitos de la vida social, es decir, en las formas de relación, en la cultura y en la manera como nos percibi-

mos e identificamos como comunidad.

Por ello, creo que el problema de desarrollo de Los Angeles implica una reflexión colectiva mayor, un gran esfuerzo institucional, social y cultural por expresar e identificarnos con lo emergente, con lo nuevo, asumir lo que somos o estamos siendo, y no lo que fuimos o estamos dejando de ser.

La Municipalidad, como instancia política, y nuestra sede de la Universidad de Concepción, como instancia académica, son a mi juicio las instituciones idóneas para impulsar esta reflexión colectiva mayor, a partir de encuentros que posibiliten la interlocución de todos los sectores de la comunidad angelina.

Ello permitiría ir terminando con incomunicaciones y desconfianzas, que dificultan la construcción de una voluntad colectiva local para impulsar el desarrollo de nuestra ciudad. Pero, además, creo que abrir espacios para una reflexión colectiva mayor fortalece el sentido de pertenencia a la ciudad en aquellos que ya lo tienen, y estimula el nacimiento de este vínculo en quienes no lo poseen. La identidad y la pertenencia no son sólo datos afectivos, sino que son elementos esenciales para articular intereses y potenciar esfuerzos en torno a un propósito común: convertir a Los Angeles en una gran ciudad.

Necesitamos un gran acuerdo para el desarrollo de Los Angeles, que comprometa e involucre a los sectores público y privado, en un esfuerzo de cooperación, coordinación y complementación que avance en la solución de los problemas presentes y más inmediatos; pero con

una visión de mediano y largo plazo que oriente y canalice el inevitable crecimiento de Los Angeles, transformándolo en un efectivo y real desarrollo, que implique mejorar las condiciones de vida de todos sus habitantes.

En esta perspectiva, por ejemplo, es indispensable establecer una conexión entre nuestro sistema educacional y los principales requerimientos productivos de la comuna y la zona. Es preciso un mejor ordenamiento territorial y poblacional, urbano y rural; una mayor densificación de la ciudad; reequipamiento y recuperación de barrios, instalación y fortalecimiento de villorios agrícolas; establecimiento de zonas de protección agrícola y turísticas; fomento de la pequeña y mediana industrias.

Estas preocupaciones, entre otras, tienen un sentido estratégico y apuntan a un verdadero desarrollo.

Es cierto que en el actual contexto político y económico impera una cultura centralista, y que el desarrollo local depende en gran medida de lo que el poder central haga o deje de hacer en la comuna. Pero también es cierto que el desarrollo local depende en grado muy importante de la cohesión política y social de la comuna en torno a un proyecto de desarrollo estratégico.

Es decir, hablamos de la capacidad de la sociedad para consensuar un estilo de desarrollo y una forma de ser que tenga como base un gran diálogo ciudadano y la participación de la comunidad, la coordinación de sus autoridades, y el compromiso de sus agentes productivos y culturales. En definitiva, que cada uno

de los angelinos nos sintamos parte importante de un proyecto colectivo y de largo plazo.

Los Angeles tiene la posibilidad de convertirse en una gran ciudad.

Si bien los parlamentarios tenemos un carácter nacional, también tenemos una representatividad territorial y ello implica expresar institucionalmente los problemas e intereses locales.

Como Diputado de la zona, el mejor

homenaje que le puedo rendir a Los Angeles, que es mi ciudad —donde nací, me eduqué, formé mi familia y en la que he hecho toda mi vida—, con la que me identifico y adonde pertenezco, es comprometer mi mejor esfuerzo para aportar a este apasionante desafío colectivo de hacer de Los Angeles una gran ciudad.

He dicho.

Octavio Jara Wolff

Diputado de la República
Distrito 47

Los Angeles
Tucapel
Antuco
Quilleco
Santa Bárbara

Quilaco
Mulchén
Negrete
Nacimiento
San Rosendo
Laja